

Eucaristía, en el cual, según dice Hincmaro en su libro *De Prædestinatione*, rechazó la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, diciendo: "El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, sino tan sólo una memoria de su cuerpo y de su sangre."

El Sínodo de Verceil condenó el libro de Juan Scoto; igual condenación recibió en el Concilio de París celebrado en 1150; en fin, por decreto del Papa Nicolás II, en el Sínodo Romano, se obligó á Berenger á que quemara ese libro.¹

V

Berenger, canónigo arcediano de Angers, fué el verdadero precursor de los sacramentarios.

Nació á principios del siglo XI.

No es fácil coger el verdadero pensamiento de Berenger sobre la Eucaristía: su espíritu voluble le hacía variar constantemente en sus opiniones, y todo prueba que poco á poco llegó hasta la herejía, más bien por efecto de la lucha en que se

¹ Dice. de Cien. Eclesiást.

había empeñado, que por un estudio previo y formal de la doctrina que atacaba.

La escuela que fundó fué tan móvil y contradictoria como él mismo, porque hay comunmente una analogía entre la doctrina y el carácter del maestro, y pende por lo general el uno de la otra.¹

Precisando la doctrina de Berenger sobre la Eucaristía, parece que enseñó abiertamente, según el Padre Monsabré,² que Jesucristo no está en la Eucaristía más que como está la cosa representada en su signo: *ut res significata est in suo signo*.

Llamado ante el Concilio de Tours para explicar su doctrina, no se atrevió á sostenerla, confesó la fe de la Iglesia y juró no volver á apartarse de ella.

Volvió, sin embargo, al error.

Para detener su difusión, el Papa Nicolás II convocó en Roma un Concilio, ante el cual se hizo comparecer á Berenger.

Ciento trece obispos acudieron á ese concilio, y Berenger se retractó escribiendo una fórmula redactada por el Cardenal Humberto.

¹ Dice. de Cien. Eclesiást.

² Índice de errores sobre ella.

Esta fórmula que debía ser también la abjuración del error, está concebida así:

“Yo, Berenger, indigno diácono de la Iglesia de San Mauricio, en Angers, reconozco la verdadera fe católica y apostólica: anatematizo toda herejía, principalmente aquella con que hasta hoy me he deshonrado y á virtud de la cual pretendía sostener que el pan y el vino que se ponen en el altar, son después de la consagración, sólo un sacramento y no el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.”

A esta declaración va unido este punto importante de la fórmula:

“Y que quedo de acuerdo con la Santa Iglesia Romana, en que el pan y el vino traído sobre el altar, son después de la consagración, no sólo un sacramento, sino el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.”

Habiendo aceptado Berenger, sin discusión y sin pedir que se le permitiese dar explicación alguna de sus opiniones, la fórmula de Humberto se ciñó solamente al dogma de la conversión del pan y el vino en el cuerpo de Cristo.

Vuelto apenas de Roma, cayó de nuevo Berenger en sus antiguos errores, y aun respondió á

las benévolas amonestaciones del Papa Alejandro II, que en lo sucesivo perseveraría en sus opiniones, y entonces fué cuando se permitió contra Roma y el Santo Padre los ultrajes más indebidos. Cuatro concilios, empero, sucesivos, le condenaron; el de Angers—1062,— el de Rouen—1063,— el de San Mauricio—1075,— y el de Poitiers—1076.

Gregorio VII le intimó de nuevo que compareciese ante un Concilio en Roma, en 1078; se le permitió que formulase él mismo su profesión de fe, y declaró en ella que después de la consagración el pan y el vino son el verdadero cuerpo de Jesucristo.

Pero esta fórmula, escogida por él mismo, no le sirvió más que de nueva máscara para disfrazar su pensamiento y continuar propagando sus errores.

Necesario fué venir á otra más precisa y á la que se vió obligado á prestar juramento en el Concilio de Roma celebrado en 1079.

No obstante el juramento y no obstante haber reconocido de rodillas que hasta entonces había errado no admitiendo la conversión sustancial del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucris-

to, la restricción mental con que hizo aquella fórmula, quitaba toda sinceridad á sus más formales aserciones.

Un nuevo Concilio de Burdeos, celebrado en 1080, y una nueva profesión de fe de Berenger, terminaron definitivamente esta serie de condenaciones idénticas y de retractaciones hasta allí siempre contradichas.

Ocho años después, en 1088, murió Berenger en la Isla de Come, cerca de Tours, reconciliado con la Iglesia, después de una larga penitencia; el día de la Epifanía, y exclamando:

“Hoy día de su manifestación, Jesucristo, mi Señor, aparecerá por mi salvación, como espero, á causa de mi penitencia, y temo por la pérdida de muchos á quienes con mi doctrina he extrañado.”

De 1340 á 1370, los Petrobrusianos, los Apostólicos, los Albigenses y los Flagelantes continuaron en la propagación de Berenger, pero sin la misma resonancia.

Juan Wiclef, heresiarca inglés, nacido en la al-

dea de Wiclef, en 1324, mostró desde su juventud, particular afición á la lectura de Aristóteles y San Agustín, y desde muy temprana edad llamó la atención no sólo por su piedad y pureza de costumbres, sino también por su extraordinaria erudición y gran agudeza de ingenio.

Fué nombrado capellán de Eduardo III, Rey de Inglaterra, y recibió en 1372, la investidura de doctor, y acto continuo la de profesor de teología.

Todos los elementos contenidos en la falsa filosofía y teología de los waldenses y apocalípticos, de Guillermo Decan, de Marsilio y otros eruditos, aparecen reunidos en el sistema de doctrina de este heresiarca que forma el tránsito de los antiguos errores religiosos á una nueva tendencia herética de carácter universal, ó sea al protestantismo.

Por el año de 1381, empezó Wiclef á combatir en tesis teológicas y discursos, la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía; especialmente la transustanciación, considerándola opuesta á la Sagrada Escritura; por más que no osó exponer aún con entera claridad su propia teoría. Miraba el pan y el vino como símbolos del cuerpo y sangre de Jesucristo, cuya acción se manifestaba al

colocar á los fieles devotos en una comunicaci3n 3 uni3n real con el Se1or. En suma: acept3 la doctrina de Berenger como si fuese la genuina expresi3n de la antigua tradici3n de la Iglesia. El canciller de la Universidad oxoniense, Guillermo Berton, prohibi3 exponer en los colegios 3 academias las proposiciones de Wicief sobre la Eucaristía, en un decreto firmado por doce profesores y doctores, de los cuales ocho eran regulares. Pero el heresiarca declar3 nulo el acto del canciller, de cuyo fallo apel3 al rey; y no contento con esto, el 10 de Mayo de 1381 public3 un escrito en su propia defensa, con una exposici3n de su teoría en forma popular.

Elevado á la silla arzobispal de Cantorbery el Obispo de Londres Guillermo Courtney, reuni3 en esta ciudad un Sínodo provincial en Mayo de 1382, en el que se condenaron, unas como err3neas y otras como heréticas, veinticuatro proposiciones, tomadas de los escritos de Wicief y de los sermones de sus parciales.

En un segundo Sínodo que se reuni3 en Noviembre de 1382, fu3 separado de su cátedra y expulsado de la Universidad. Retir3se entonces á su parroquia de Lutterworth, donde predicaba

con frecuencia aprovechando adem3s esta ocasi3n para componer su *Triologus*, la principal de sus obras, dividida en cuatro libros, en la que expuso detalladamente su sistema doctrinal bajo la forma de diálogos que sostienen entre sí Alercia, Pseudos y Fronesis, 3 la verdad, la mentira y la prudencia.

El 28 de Diciembre de 1384, mientras asistía á la misa que celebraba su correligionario y capellán Juan Purney, en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sufri3 un ataque apoplético, perdi3 el uso de la lengua y casi todo movimiento, dejando de existir el 31 del propio mes. Así muri3 este heresiarca, sin haber retractado sus doctrinas, dando m3s bien muestras de contumacia, en el mero hecho de haberse negado á presentarse en Roma, y de haber tratado, por todos los medios posibles, de propagar y defender sus err3neas teorías.

Carlostadio, Zwinglio y Ecolampadio negaron tambi3n la presencia real de Jesucristo en la Eu-

caristía, enseñando osadamente que esta es un puro símbolo.

Carlostadio tomó el nombre de su ciudad natal, situada en la Franconia bávara: su verdadero nombre era Andrés de Bodenstein.

La Providencia permitió que las consecuencias é inconsecuencias de la pretendida reforma del siglo XVI, se reasumiesen en un solo personaje que fué á la vez el representante del puritanismo helvético, del dogmatismo sajón y de la revolución eclesiástica y política que contenía en germen la reforma, y este personaje fué Carlostadio.

Después de haber estudiado teología y jurisprudencia en Roma y en Wittemberg, vino á ser arcediano en esta última ciudad, después cura, y por último, doctor y profesor en teología.

Desde que Lutero apareció en la escera, el inquieto Carlostadio estuvo á su lado, y su consideración personal y su reputación de saber prestaron un poderoso apoyo á los primeros ensayos de Lutero.

El fué el primero que el día de Navidad de 1521 celebró la misa en alemán, distribuyó la comunión en las dos especies sin confesión previa,

y se puso al frente de los estudiantes, de los aldeanos y de los monjes despechados, para recorrer las iglesias de la ciudad y derribar los altares y las imágenes de los santos.

Fué el primer sacerdote de esta época que se casó públicamente y procuró sin disfraz el desprecio de la ley del ayuno.

Disgustóse al fin con Lutero y empezó á escribir contra éste sobre los puntos más débiles de su doctrina, demostrándole que no tenía razón alguna para conservar el dogma de la presencia real de Cristo en la Cena, lo que Lutero se vió obligado á confesar en una carta dirigida á Bucero, en la que le decía: "Reconozco que si el Doctor Carlostadio, ú otro cualquiera, hubiese podido decirme hace cinco años que no hay en el Sacramento más que pan y vino, me hubiera hecho un gran servicio."

Así es que uno de los principales errores que profesaba Carlostadio, era que en el Sacramento del Altar no estaba realmente Jesucristo Nuestro Señor.

Odiado y perseguido por Lutero, anduvo errante y en la mayor miseria con su familia á través de la Alemania, hasta que encontró refugio en

Kemberg, en donde vivió dedicado á la agricultura y á un pequeño comercio.

Ignórase el día de su nacimiento y se dan á su muerte muchas fechas.

Según unos, murió de la peste en Basilea el 24 de Diciembre de 1543, y según otros, que es lo más probable, había muerto ya en 1541.

Ulrico Zwinglio fué el émulo de Lutero.

Siendo párroco de Zurich, sintióse herido en su amor propio porque el sumo Pontífice León X, que mandaba publicar las indulgencias en Suiza, se sirvió para esto de un religioso franciscano y no de él.

De aquí es que, como Lutero impugnó á Tezello, así impugnó Zwinglio al religioso franciscano, mas no se contentó, como aquel en su principio con declamar contra las indulgencias, sino que atacó desde luego con toda la impetuosidad de su genio, la autoridad pontificia, el sacramento de la penitencia, el mérito de la fe, el pecado original, el efecto de las buenas obras, la invocación de los santos, el sacrificio de la misa, las leyes eclesiásticas, los votos, el celibato eclesiástico y la abstinencia de carnes.

Empuñó violentamente las armas y la espada

para obligar á los que se le oponían á que abrazaran sus opiniones.

En su obra "De la verdadera religión y de la falsa," afirma que se lee en el Evangelista San Lucas, que habiendo tomado Jesucristo y partido el pan, lo dió á sus discípulos diciéndoles: "Esto significa mi cuerpo." Y no contento con esto, en todas las biblias que publicó substituyó la voz "significa" por lo voz "es."

Como Lutero, se casó á pesar de ser sacerdote. Tomó por mujer á una viuda rica, y llevó después de su apostasía una vida tan licenciosa, que no pocos de entre los mismos protestantes le tuvieron por condenado y creyeron que Dios le había castigado visiblemente.

Lutero afirma que Zwinglio murió miserablemente á manos de los papistas en las refriegas, y que por consiguiente, acabó sus días en los pecados.

Lutero añade: "Desconfío de la salvación del alma de Zwinglio."

Tal era la fama que había adquirido el reformador helvético aun entre los mismos de sus correligionarios.

Juan Ecolampadio fué en su juventud monje

de la orden de Santa Brígida; pero apenas empezaron á asomar los primeros gérmenes del protestantismo, abandonó el monasterio y se unió á los discípulos de Zuinglio y de Carlostadio, abrazando sus errores, por lo cual mereció ser el primer cura protestante de la iglesia de Basilea.

Aunque no tuvo errores propios sino en general los comunes á los reformadores, dió una nueva explicación de la Eucaristía, diciendo que este Sacramento sólo contiene la imagen del cuerpo de Jesucristo, y sólo es una acción de gracias que los fieles hacen en común para dar testimonio de la caridad que los une.

Su nombre se hizo tan odioso, que los impresores no querían ponerlo al frente de sus libros para no perder por completo la venta.

Ecolampadio fué encontrado muerto en su casa el 1.º de Diciembre de 1531.

Otros dicen que fué asesinado por su mujer.

Juan Calvino, principal autor de la confesión reformada en Suiza, y el más grande propagador de esta doctrina en Francia, nació el 10 de Julio de 1509 en Mayon, en Picardía.

Su padre fué Gerardo Cauvin, hombre de posición precaria, obligado para criar á sus hijos á encomendarse á la benevolencia de personas caritativas, y entre otras á la noble familia de Montmor.

En esta casa recibió Juan, en unión con los hijos de la familia una educación esmerada y la primera instrucción elemental hasta la edad de doce años, *primam vitæ et litterarum disciplinam*, como él mismo se expresa.

La protección de sus bienhechores le alcanzó el goce ilegal de algunos beneficios eclesiásticos que le permitieron trasladarse para continuar sus estudios, á París, en donde al lado de una adhesión profunda y una tradicional abnegación por la Iglesia católica, se habían difundido, por aquellos días, bajo el reinado de Francisco I, la duda, la incredulidad, el deseo de novedades, el amor á la disputa, despertados por las innovaciones religiosas de Sajonia y Suiza, favorecidas en la corte de Francia por la frívola Margarita, hermana de Francisco I, y por la duquesa de Etampes, su favorita.

Iniciado después en las nuevas doctrinas alemanas, se desvió de su vocación sacerdotal y re-

nunció á ella tanto más fácilmente, cuanto que no había recibido aún más que la primera tonsura.

Dedicóse después, por seguir las indicaciones de su padre, al estudio del derecho que terminó en Bourges, con Andrés Alciato, historiador, poeta y teólogo que agradó singularmente á Calvino, reanimando su amor por la antigüedad clásica.

Consiguió, al fin, por medio de una voluntad de hierro, una infatigable perseverancia y rudos combates establecer un sistema religioso y jerárquico. El calvinismo difiere del protestantismo y catolicismo.

Bajo el punto de vista dogmático, el sistema de Calvino, se distingue, sobre todo, de las demás sectas por la doctrina de la predestinación absoluta.

Por su doctrina sobre la Cena, es por lo que más se aleja de Zwinglio y de Lutero así como de la fe católica. Afirma, sobre esta materia (in cap. 26 Math.) que el cuerpo de Cristo se nos da verdaderamente en la Cena y que nos nutrimos de su sustancia. "*Vere in cæna datur nobis corpus Christi, ut sit animis nostris in cibum salutarem, hoc est, substantia corporis Christi pascun-*

tur anima nostræ, ut vere unum efficiamur cum eo."

Pero esta manducación que, según las transcritas palabras pudiera creerse que es real, en el sistema de Calvino no se hace más que por la fe. *Interim vero hanc non aliam esse, quam fidei manducationem fatemur: ut nulla alia fingi potest.* (Inst. cap. 17, § 5).

Y no puede admitirse otra, dice Calvino, porque el pan y el vino están en la tierra y el cuerpo de Cristo está en el cielo.

Entre los signos y el cuerpo de Cristo hay unión y la liga de esta unión es el espíritu de Cristo, una cierta virtud santificante que deriva de él y con él nos une: *Vinculum istius conjunctionis est spiritus Christi, cujus nexu copulamur: et quidem veluti canalıs per quem quidquid Christus et est et habet, ad nos derivatur* (Inst. cap. 17 § 12). Calvino, dice el P. Monsabré, hace mal en decir que su doctrina es difícil é incomprensible.

Se ve en ella claramente su impiedad y su hipocresía.

En el fondo, es la doctrina de los sacramentarios, pero Calvino velaba ó encubría su error para conciliar los dos partidos de la reforma.

La conferencia de Zurich adoptó para las reformas de Suiza, la doctrina de Calvino.

También se encuentra esta doctrina en la confesión de fe anglicana del Sínodo de Londres.

El sistema de Calvino, cuya organización presbiteriana, la predestinación y la cena, forman sus tres puntos capitales, fué propagado por los teólogos reformados en Ginebra y en Francia, en los Países-Bajos, Inglaterra y Escocia.

Calvino, aunque fuertemente quebrantado de salud, lo defendió hasta el último día de su vida, que fué el 27 de Mayo de 1564, cuando aun no tenía cincuenta y cuatro años.

El Concilio de Trento ha flagelado todos estos errores: símbolo, manducación por la fe, virtud comunicada, todo queda destruido con estas tres palabras: *vere, realiter, substancialiter*.

Con respecto al misterio de la Encarnación hay errores de *esencia* y errores de *modo*.

Los Arrianos y los Nestorianos han negado el hecho mismo de la unión hipostática del Verbo Divino con la naturaleza humana; los Eutiquia-

nos y Monotelitas han alterado el verdadero concepto de esta unión.

Sucede lo mismo con respecto á la Eucaristía.

Los Sacramentarios han negado la presencia real de Jesucristo en el sacramento; otros herejes han alterado la noción del acto misterioso por el cual Jesucristo se hace presente en la Eucaristía, negando la conversión del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, conversión que la Iglesia llama *transubstanciación*.

Ciertos herejes, según enseña Guitmond, pretendían que el pan destinado á la comunión de las almas era el que verdaderamente se cambiaba, por la consagración, en el cuerpo de Cristo; pero que esta consagración quedaba sin efecto respecto del pan que se recibía por los que no eran justos, ó sea por los pecadores.

De tan extraña y falsa doctrina naturalmente se infiere que un sacerdote en pecado no convier- te por la consagración, el pan en cuerpo de Cristo, que los fieles quedan así en peligro de idolatría, y que las almas timoratas están condenadas á las más crueles vacilaciones.

La teoría es sencillamente una ineptia, como la califica el P. Monsabré.

Ruperto, abad de Deutz, ha imaginado la unión hipostática del Verbo con el pan eucarístico.

“El Verbo, dice, se ha hecho hombre, por la Encarnación, no destruyendo ó cambiando la naturaleza humana, sino uniéndola á su persona.”

“Lo mismo, agrega, se verifica en la Eucaristía. El Verbo se hace pan, no destruyendo ni cambiando la naturaleza de pan, sino uniéndola á su persona.”¹

Esta doctrina la expone casi en los mismos términos en otra de sus obras,² agregando³ que sólo los justos reciben el cuerpo de pan y el cuerpo de carne de Cristo: el cuerpo de pan por la manducación corporal, el cuerpo de carne por la manducación espiritual. Los pecadores, en su concepto, no reciben más que el cuerpo de pan.

Ruperto parece que olvidó enteramente estas palabras del Salvador: “El pan que yo daré es mi carne: Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.”

No fué ciertamente un cuerpo de pan el que fué entregado á la muerte para nuestro rescate, sino un cuerpo de carne.

¹ Lib. in Joan,

² Lib. 2 de div. offic. cap. 2.

³ cap. 7.

Por lo demás, todos los Padres están unánimes en decir que el cuerpo que nos es dado en la Eucaristía es el que nació de la Virgen María, el que murió sobre la Cruz y el que está sentado á la derecha del Padre en el cielo.

En vano se buscarían las razones de esta unión hipostática del Verbo con el pan: no se ve en ella más que extravagancia é inconveniencia, si se considera que esa unión puede hacerse y deshacerse todos los días.

No es propia tal doctrina más que para hacer nuestra fe odiosa y ridícula.

Juan de Paris intentó corregir el error de Ruperto.

Enseñaba que el Verbo se une personalmente al pan; pero por medio de su cuerpo.

Y ¿cómo se verifica esta unión por medio del cuerpo?

Esto es lo que no explica Juan de Paris ni puede explicarse ciertamente.

El cuerpo de Cristo no tiene personalidad propia que pueda comunicar.

Entre él y otra materia, si se suprime la conversión, no puede haber más que una *yuxtaposición*.

Los Calvinistas dicen que la transubstanciación es un error criminal y una cosa imposible.

Los luteranos no son de esa opinión.

“La transubstanciación dice Khemnitz, es posible y no repugna á la fe; pero los católicos hacen mal en hacer de ella un artículo de su *Credo*.”

“Se puede creer, afirma Lutero, que el pan y el vino perseveran después de la consagración con el cuerpo y la sangre de Jesucristo: esto es lo que hay de más probable y de más conforme á la Escritura.”¹

¿Pero cómo quedaba el pan después de la consagración con el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

¿Es acaso porque el Verbo está unido al cuerpo de Cristo?

Entonces el error de Lutero es el mismo que profesaron Ruperto y Juan de Paris.

El monje apóstata comprendió la inconveniencia de esta opinión, y entonces en su sermón sobre la Cena y en su confesión explicó de otra

¹ De Captiv. Babyl. Cap. De Eucharistía

manera la unión del pan con el cuerpo de Jesucristo.

“Este cuerpo, dice, adquirió por su unión con el Verbo la propiedad de estar donde está el Verbo. Y como el Verbo está en todas partes, el Cuerpo de Cristo se halla igualmente en todas partes, y si se halla en todas partes está ciertamente en el pan de la Cena.”

Esta última explicación es la que han admitido y es la doctrina que profesan los discípulos de Lutero.

Fácilmente se percibe la falsedad de esta doctrina, su insuficiencia para explicar la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Si el cuerpo de Jesucristo dice el Padre Monsabré está en todas partes, está sin duda en un sombrero, en una mesa, del mismo modo que está en el pan.

Jesucristo, entonces, de todas las cosas podría decir: Este es mi cuerpo.

Sería en tal situación inútil absolutamente venir á buscarlo en la Iglesia y la consagración nada agregaría á lo que ya estaba en el pan.

Podría decirse que la consagración, en el sistema de Lutero, tiene la propiedad de designar el

signo ó símbolo por medio del cual el cuerpo de Cristo comunica más particularmente su virtud.

¶ Pero entonces, agrega el Padre Monsabré, la doctrina de los luteranos sería la misma que la de los sacramentarios, á quienes consideran aquellos como impíos.

¶ Es, pues, necesario ocurrir, para que pudiera sostenerse la teoría de Lutero, á la *impanación* y decir, como dice: Jesucristo está en el pan, bajo el pan y con el pan.

Esta teoría es enteramente falsa, ofende la verdad de la institución y desmiente las palabras de Cristo.

Si Jesucristo cambió realmente el pan en su cuerpo, pudo decir con toda verdad: "Este es mi cuerpo"

Si no realizó ese cambio, la proposición es falsa.

Una cosa es lo que es, y no otra cosa.

El pan es pan y no un cuerpo de carne.

Gramaticalmente se puede explicar un demostrativo vago por el sustantivo que conviene á la cosa que se muestra; se puede decir, por ejemplo, mostrando un pan: esto es pan. Pero mostrar pan y decir *este es mi cuerpo*, es turbar el espíritu y confundir todas las nociones.

Jesucristo mostrando un pan dijo: "Este es mi cuerpo."

Luego ó afirmó un absurdo, lo que no puede concebirse, ó el pan se había convertido en su cuerpo.

Esto es lo verdadero; esto es lo que constituye el dulce misterio de la Eucaristía; esta es la obra maravillosa del poder divino: al eco de su poderosa palabra, el pan quedó convertido en su cuerpo, al que están unidas su sangre, su alma y su divinidad.